

JUVENTUDES, ESCUELA Y TRABAJO. HISTORIAS DE VIDA DE JÓVENES DE VEINTISÉIS AÑOS

**Maria Eugenia Cardenal
de la Nuez**

El presente artículo sintetiza los principales resultados de una investigación realizada entre jóvenes de veintiséis años del municipio de Las Palmas de Gran Canaria. En ella reconstruimos, a través de entrevistas abiertas, su paso por la escuela y por el mundo laboral. Las historias de vida de estos jóvenes reflejan que su proceso de transición a la vida adulta está lleno de complejidades y paradojas, relacionadas principalmente con la incapacidad tanto del sistema educativo como del mercado de trabajo de cumplir con su misión de ser dispositivos de inserción. Ello implica que estos jóvenes deben tomar decisiones muy condicionadas por la incertidumbre y el riesgo, aunque estos están distribuidos de manera desigual.

The present article summarizes the main results of an investigation that reconstructs, using open interviews, the educational and working experience of a sample of 26 year old men and women who live in Las Palmas de Gran Canaria. Their life stories show that their transition into adult life is full of complexities, due to the incapacity of both, educational system and labour market, to fulfil the task of their complete integration. This means that these young people must make decisions facing unequal risks and uncertainties.

PRESENTACIÓN

En el presente artículo examinamos algunas características de la transición a la vida adulta a través del estudio de las biografías de jóvenes de veintiséis años.

INTRODUCCIÓN

El trabajo de investigación que presentamos profundiza en el conocimiento de las transiciones juveniles. La condición juvenil se asocia a la idea de tránsito, de instersticio, de frontera (VALLÉS, 1988; ADÁN, 1996), y esto es así porque se trata de una etapa de la vida que se define en buena medida en negativo: *no se es definido como niño ni se es reconocido como adulto*.

Ser joven es, en cierto sentido, vivir un “tiempo de espera” (ADÁN,

1996). Pero esta espera está llena de contenido: la identidad juvenil se construye, en nuestra sociedad, de manera muy compleja. En su configuración intervienen las familias, las redes de amistad y vecindad, el sistema educativo, el mercado laboral, la estructura del consumo y el ocio organizados y las asociaciones de todo tipo, y cada una de estas instituciones tiene un diagnóstico de cómo son los jóvenes y un modelo de cómo deberían ser. En medio de todas ellas, y a veces a pesar de ellas, los jóvenes caminan hacia la vida adulta desde sus expectativas y valores, y con sus estrategias.

La cuestión es: ¿cómo es ese camino? y, ¿hacia dónde lleva? Hace más de una década que se viene constatando una prolongación de la situación de demora en las transiciones juveniles. Varios estudios apuntan a la crisis de empleo

como principal factor causante de esta situación, al ser la autonomía financiera uno de los requisitos principales para la emancipación. COLEMAN y HUSÉN, en un informe realizado para la OCDE en 1985, señalaban que el aumento del paro juvenil en los años 80 obligaba a reevaluar las funciones de la familia, el sistema educativo y el trabajo como instituciones responsables de integrar a los jóvenes en el mundo adulto (COLEMAN y HUSÉN, 1985, pp. 16-17). Un diagnóstico similar realiza el mismo año DE ZÁRRAGA para el caso español, sólo que ligando de manera más explícita las dificultades de inserción de los jóvenes en el mercado laboral con las otras etapas de su proceso de emancipación. Su conclusión es la siguiente:

“La *generación de los 80* está dejando de ser joven sin que sus miembros logren insertarse plenamente como “adultos” en la sociedad (...) Su “proceso de juventud” está *bloqueado* por condiciones objetivas que hacen cada vez más difícil, más improbable y más precaria su emancipación: su autosuficiencia económica, la constitución de un nuevo hogar y la creación de una familia propia se demoran indefinidamente o se producen en condiciones insatisfactorias en la mayoría de los jóvenes de esta generación” (DE ZÁRRAGA, 1985, p. 385).

En este escenario de demora en la transición juvenil, el papel del sistema educativo es complejo. Mientras el discurso institucional dominante insiste en que los problemas de inserción laboral de los jóvenes tienen que ver, sobre todo, con un desajuste entre el sistema de enseñanza y el mercado de trabajo –y por extensión, con un desajuste entre las cualificaciones de los aspirantes a trabajar y las requeridas por los puestos de trabajo-, los datos apuntan a que son la inflación de títulos, la escasez de empleos y la precariedad de los disponibles los

principales obstáculos para una integración plena de la población juvenil en el mercado de trabajo.

Así, mientras en España en los últimos veinte años se ha producido un aumento progresivo y generalizado del nivel educativo de los jóvenes, paralelamente sus condiciones de acceso al empleo no han hecho sino deteriorarse. GARRIDO sitúa en los años finales de la década de los 70 el comienzo del bloqueo de la inserción juvenil en el mundo laboral, de modo que entre 1976 y 1982 la proporción de desempleados que buscan su primer empleo respecto a los que han trabajado antes pasó del 50% al 70% (GARRIDO, 1996a, p. 63). Ello ha generado una inflación de títulos que desplaza hacia abajo los empleos accesibles en función de la credencial y, por lo tanto, de los posibles trabajadores con titulaciones más acordes¹. Según CARABAÑA, en 1972-76 más del 60% de los licenciados en letras comenzaba su trayectoria profesional como profesionales superiores, el 25% como profesionales medios y el 15% como administrativos y en otras profesiones: en 1987-91, los porcentajes eran del 40, 25 y 35 por ciento (1996, p. 183). En definitiva, el aumento del nivel educativo de los jóvenes no va acompañado de un aumento paralelo de los puestos de trabajo que requieran las credenciales obtenidas, y esto genera subempleo.

En cuanto al mercado de trabajo, la implantación de políticas neoliberales, que atribuyen el aumento del desempleo a la excesiva rigidez² de dicho mercado, tienen como consecuencia una progresiva desregulación de las condiciones de acceso y conservación del empleo, flexibilizando el uso de la mano de obra; las políticas para la población juvenil siguen la misma dirección. En España, desde los años 80, con el Estatuto de los Trabajadores –que ya establece, aunque como opciones de contrato atípicas, la contrata-

“Mientras el discurso institucional dominante insiste en que los problemas de inserción laboral de los jóvenes tienen que ver, sobre todo, con un desajuste entre el sistema de enseñanza y el mercado de trabajo –y por extensión, con un desajuste entre las cualificaciones de los aspirantes a trabajar y las requeridas por los puestos de trabajo-, los datos apuntan a que son la inflación de títulos, la escasez de empleos y la precariedad de los disponibles los principales obstáculos para una integración plena de la población juvenil en el mercado de trabajo”

ción temporal y a tiempo parcial, hasta finales de los años 90, las sucesivas reformas del mercado de trabajo introducen fórmulas contractuales que pretenden facilitar el ingreso de los jóvenes en el empleo a través de contratación definida. Sin embargo, estas políticas, que se presentan como necesarias para el fomento de empleo, se consolidan como políticas de la eventualidad que afectan al conjunto de la fuerza de trabajo que se incorpora al mercado laboral, pero que inciden de manera persistente en el segmento juvenil³. La eventualidad se convierte en la norma laboral para un sector creciente de trabajadores y en la forma típica de inserción en el mercado de trabajo de los jóvenes, especialmente en España, donde, según el estudio *Perspectivas de empleo 1998* de la OCDE, el tipo de empleo que tenían al año de salir del sistema educativo el 85,8% de los jóvenes varones y el 87,4% de las mujeres trabajadores era temporal (OCDE, 1998, p. 242).

Mientras tanto, el desempleo se sigue manteniendo como el segundo de los grandes obstáculos en la transición hacia la vida activa. Las tasas de desempleo juvenil en España⁴, aunque han mejorado a lo largo de los últimos años, están muy por encima de la tasa media de paro. Desempleo y alta temporalidad, son, pues, las grandes características de la situación de la fuerza de trabajo juvenil en España, características que nos hablan de una transición a la vida activa hecha en condiciones muy precarias⁵: si la prolongación de la escolarización ha retrasado el inicio de la transición profesional y la inflación de títulos la ha hecho enormemente compleja, la precarización de las condiciones de acceso al empleo la han hecho más prolongada y vulnerable. Esta vulnerabilidad representa, en buena medida, la ruptura con la cultura del trabajo tal y como se consolidó tras la IIª Guerra Mundial, y que los jóvenes abanderan, sin pretenderlo: la

forma “típica” de acceso y mantenimiento del empleo aparece para muchos de ellos como “atípica”, sin que haya, por ahora, alternativas⁶.

El conjunto de estas evidencias nos hizo plantearnos la necesidad de realizar una investigación que abordase las características de la transición a la vida adulta de los jóvenes canarios. Los datos dejan claro que existe un retraso y complejización de esta transición, pero no nos hablan de la manera en que ésta es vivida por los jóvenes. Nuestro estudio pretendía, precisamente, desentrañar las características de esta experiencia. Para abordar este objetivo, realizamos una reconstrucción de los itinerarios escolares y laborales de una muestra de diecinueve jóvenes de veintiséis años residentes en el municipio de Las Palmas mediante entrevistas abiertas, es decir mediante la técnica de historia de vida. A continuación presentamos los resultados principales de la investigación, divididos en tres partes. En la primera, identificamos los rasgos objetivos - “la forma”- de los recorridos realizados por los entrevistados en el sistema educativo y en el mercado de trabajo, de modo que localizamos los aspectos típicos de sus itinerarios y contextualizamos su experiencia. En la segunda parte presentamos los aspectos más relevantes de esta experiencia, tanto en el sistema educativo como en el mercado de trabajo. Por último, sintetizamos, en forma de conclusiones, las cuestiones que pensamos que son de mayor interés en el debate sobre la prolongación de las transiciones juveniles.

ITINERARIOS Y TRAYECTORIAS ESCOLARES

En el plano educativo, cuatro son las características principales de los itinerarios seguidos por los entrevistados. La primera es la demora, por repeticiones de curso, en la finalización de las etapas y en

la incorporación a las siguientes en algún momento de la vida. El desfase respecto a la edad teórica de cursar o finalizar los estudios es una constante para la práctica totalidad de los informantes en algún momento de sus vidas. A los quince años, edad en que debería haberse terminado la EGB, permanecen en ella ocho jóvenes de un total de diecinueve. A los dieciocho años, sólo ocho de los quince que iniciaron el bachillerato lo habían finalizado. A los veintitrés, aún estaban pendientes de terminar la carrera nueve de los once que la comenzaron. Esta tendencia se observa también entre los escasos informantes que hicieron el recorrido profesional. Respecto a los que estudiaban en el momento de la entrevista, a los veintiséis años, tres de los jóvenes de la muestra cursaban estudios como actividad principal y otros tres los habían retomado tras abandonarlos. El desfase entre la edad oficial en la que deberían estar cursándose unos estudios y la real, es la norma, y no la excepción entre los entrevistados de esta muestra⁷, independientemente del origen social y del nivel de estudios alcanzado: los itinerarios escolares de estos informantes están salpicados de fracasos parciales (repeticiones de curso) o totales (abandonos). Ello supone un esfuerzo por permanecer en el sistema educativo por parte de nuestros informantes que puede interpretarse como una reacción defensiva ante las incertidum-

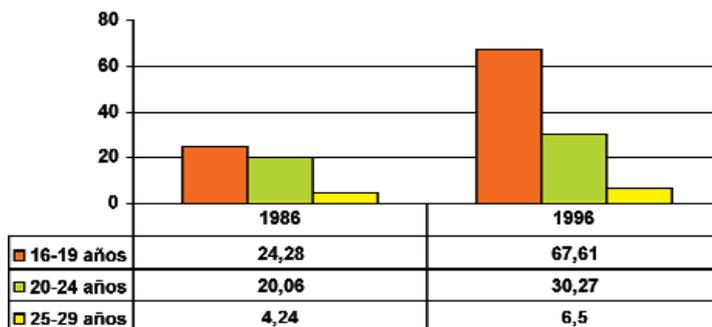
bres en el mercado de trabajo (GARRIDO, 1996a, p. 90).

La segunda característica es la progresiva diversificación de los itinerarios no sólo ante las encrucijadas institucionalizadas, sino frente a otras más informales, pero igualmente relevantes: antes incluso de obtener el Graduado Escolar se van produciendo abandonos, y este fenómeno se incrementa durante las enseñanzas medias. En ambos casos van precedidos de fracasos repetidos en los estudios, pero en el primero, los jóvenes son de origen social muy bajo. Sin embargo, una parte de los abandonos se reconduce y se producen retornos a la enseñanza reglada, que aparece como un recurso claro para algunos de estos jóvenes tras un tiempo de experiencia laboral en exclusiva.

La tercera característica es el comportamiento diferencial según el origen social y el éxito escolar ante la disyuntiva FP o BUP. El bachillerato es preferido por los estudiantes de clase media aun cuando su trayectoria en la EGB sea de fracaso, mientras que los de origen obrero se decantan más por esta opción cuando su trayectoria ha sido exitosa⁸.

La última característica de la etapa escolar de los informantes hace referencia a que en muchos itinerarios, especialmente en los prolongados, se dan fases donde se combinan los estudios y el trabajo,

Gráfico 1. Proporción de estudiantes entre la población de 16 a 25 años en 1986 y 1996. Canarias



Fuente: CEDOC, 1986 e ISTAC, 1998. Elaboración propia

siendo este último normalmente ocasional o a tiempo parcial. El solapamiento de etapas y situaciones teóricamente consecutivas (estudiar, y después trabajar) es una realidad muy frecuente entre nuestros entrevistados. Además de la necesidad de independencia económica, este hecho puede reflejar una fase de indefinición frente a los estudios y el trabajo.

Para finalizar distinguimos, entre los itinerarios escolares, tres trayectorias claras: una primera prolongada de *fracaso, con resultado de abandono de los estudios*, en la que pueden producirse retornos al sistema reglado. Se da predominantemente entre quienes se estancan en la EGB y las EEMM.

Una segunda trayectoria *prolongada, con culminación de los estudios con gran retraso*, normalmente con convivencia de trabajo y estudios. En nuestra muestra predomina entre los estudiantes universitarios.

Una tercera trayectoria de *éxito en los estudios, con culminación de éstos con escaso o ningún retraso*. Pese a la abundancia de universitarios, esta trayectoria es minoritaria entre los informantes.

ITINERARIOS Y TRAYECTORIAS LABORALES

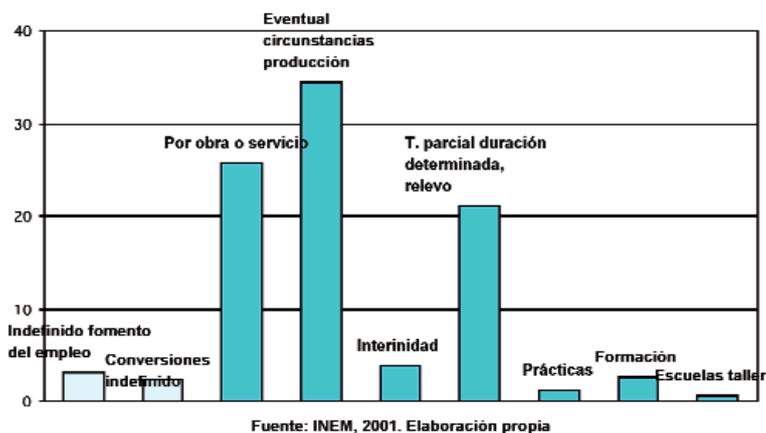
La primera característica de los itinerarios laborales de los entrevistados es la enorme diferencia en la duración de la vida laboral: mientras que algunos llevan ya entre ocho y diez años en contacto con el mundo del trabajo, otros jóvenes de la muestra llevan apenas un par de años, o incluso, aunque muy minoritariamente, no han desempeñado aún una actividad remunerada. Estas importantes diferencias están relacionadas, en primer lugar, con el momento de finalización de los estudios (son los que abandonan los que más años acumulan de vida laboral y todos los que llevan escasos años en

el mercado de trabajo, tienen estudios profesionales o superiores), pero también con el tipo de itinerario llevado a cabo: parte de los estudiantes que obtienen credenciales compatibilizan trabajo y estudios durante mucho tiempo.

La segunda característica que queremos destacar es la heterogeneidad de las situaciones “de llegada”, es decir, de las circunstancias laborales de los entrevistados en el momento de la entrevista. Cada informante está en una situación particular y distinta de los demás, ya sea por la relación laboral (hay trabajadores fijos, estables pero con contratos por obra o servicio que en realidad son temporales, fijos a tiempo parcial, temporales, contratados por horas); por el nivel de cualificación del trabajo desempeñado (cubriendo toda la gama de cualificación); por su situación laboral (asalariados o autoempleados); o por su situación legal (hay trabajadores sin contrato tanto entre los trabajadores de empresa como entre los trabajadores del segmento informal de los servicios a domicilio). Esta diversidad alcanza también a las situaciones de desempleo, pues la situación no es absoluta más que para dos informantes y en cualquier caso desde hace muy poco tiempo (alrededor de un mes). El resto de los desempleados desempeña algún tipo de actividad remunerada.

La tercera característica tiene relación, precisamente, con esto último. Las posiciones laborales de los informantes son, en muchos casos, permeables. El desempleo “total” –con ausencia de actividad y de ingresos–, por ejemplo, es insignificante, tanto en la situación presente como en la historia laboral de los informantes. Lo que predomina es la alternancia entre empleos legales a tiempo completo, trabajos “casuales” y períodos relativamente breves (tres o cuatro meses) de paro, y esto en los casos más extre-

Gráfico 2. Distribución de los contratos firmados en 1999 por los menores de 25 años, en porcentajes



mos⁹. Sólo uno de los informantes tiene una trayectoria laboral en la que prevalece el desempleo, y sólo uno de los entrevistados con estudios terminados carece por completo de experiencia laboral. Lo que impera entre los desempleados es una situación borrosa entre el empleo y el desempleo, fronteriza con la precariedad laboral.

Del mismo modo que los límites entre el empleo y el desempleo aparecen borrosos, también lo son las fronteras entre los estudios y el trabajo. De los tres estudiantes de la muestra, sólo uno es inactivo; dos de los desempleados oficiales son, actualmente, estudiantes a tiempo completo (uno prepara oposiciones y otra el acceso a la Universidad). La mitad de los entrevistados, como ya destacamos anteriormente, compatibilizó trabajo y estudios en algún momento de su trayectoria. Clasificar a una parte de estos jóvenes, en definitiva, como “estudiantes”, “trabajadores precarios” o “parados”, es más una forma de ordenar los datos a efectos de análisis que un reflejo exacto de su situación, que aparece desdibujada, tanto en el presente como a lo largo de su trayectoria¹⁰.

En último lugar queremos destacar las diversificaciones que se producen en las transiciones laborales. Resulta difícil comparar itinerarios

que se han iniciado a veces muy distanciados entre sí en el tiempo, pero, atendiendo a la trayectoria escolar, podemos diferenciar tres itinerarios básicos desarrollados por los informantes:

La *trayectoria prolongada de fracaso escolar con resultado de abandono de los estudios*, que identificábamos anteriormente, implica, en el mercado de trabajo, el desarrollo, entre la mayoría de estos jóvenes, de itinerarios muy marcados por la eventualidad y los empleos casuales. La inmersión laboral no es necesariamente temprana (puesto que a veces se abandonan los estudios tras múltiples repeticiones) pero la experiencia es larga (entre 8 y 10 años). Esta veteranía no se traduce, salvo en un caso –que estabiliza su situación laboral a los tres años-, en una consolidación en el trabajo: uno de los informantes comenzaba, el día de la entrevista, su empleo número diez (un contrato por sustitución como operario de limpieza), y el entrevistado que menos empleos ha tenido ha pasado ya por cinco. En estos itinerarios abundan los trabajos precarios de baja cualificación, los “cuasiempleos” –trabajos a tiempo parcial en el sector servicios-, y los empleos “casuales” –actividades remuneradas, normalmente sin contrato, por unos días o unas horas-. En general, los jóvenes que interrumpen su

“Del mismo modo que los límites entre el empleo y el desempleo aparecen borrosos, también lo son las fronteras entre los estudios y el trabajo”

“Podemos afirmar que, entre nuestros informantes, el abandono es resultado de un proceso de desgaste progresivo en el que los malos resultados se combinan con la necesidad de trabajar, necesidad que no siempre obedece a exigencias familiares o a carencia de recursos: es también porque algunos entrevistados no ven la utilidad de su formación, o, al coquetear con el mundo del trabajo, la van dejando de lado poco a poco”

etapa de estudios presentan historias laborales salpicadas de empleos temporales, o directamente puntuales, de baja o muy baja cualificación, alternados con períodos de desempleo. La mayoría de estos jóvenes lleva años transitando, en ese sentido, por una “zona borrosa” entre el empleo y el desempleo, en la que abundan los empleos de baja o nula cualificación, con ingresos bajos, a tiempo parcial, sin contrato, o en caso de haberlo, con escasos días de prestación por desempleo y con pocas posibilidades de promoción y de estabilización. La provisionalidad de su situación en el trabajo se ha hecho crónica, y esta vulnerabilidad es el motivo que impulsa a parte de los entrevistados a regresar a los estudios.



Muchos jóvenes sólo conocen la eventualidad en el trabajo (Banco de imágenes del MEC).

La trayectoria que denominamos *prolongada, con culminación de los estudios con gran retraso, normalmente con convivencia de trabajo y estudios*, implica en la mayoría de los casos que los entrevistados, en algún momento de la etapa de estudiantes, se incorporan al mercado de trabajo, bien sea de manera intermitente o estable, y simultanean ambas actividades.

Abundan los empleos precarios de baja cualificación y los “cuasiempleos”, que no están, en ninguno de los casos, relacionados con los estudios que se realizan: son empleos de inferior cualificación y

que requieren pocas horas de dedicación y escaso esfuerzo intelectual. Podemos calificarlos de “instrumentales”, ya que sirven para amortiguar la dependencia económica que tiene un estudiante en exclusividad, y que puede resultar gravosa, especialmente, para quienes se han demorado en exceso en la finalización de la fase estudiantil. La actividad económica que realizan o realizaron quienes desarrollan estos itinerarios no les prepara, pues, para su futuro laboral, puesto que su destino serían los trabajos de alta cualificación. Quienes al finalizar la etapa de estudios se incorporan a ocupaciones acordes con su cualificación, dan un salto cualitativo enorme al pasar de unos ingresos bajos y una actividad laboral muchas veces esporádica y poco exigente para su preparación a todo lo contrario.

La *trayectoria de éxito en los estudios, con culminación de éstos con escaso o ningún retraso*, implica una distancia de uno a seis años en cuanto a tiempo de vida laboral respecto al resto de los jóvenes. El momento de la inserción en el mercado de trabajo depende, pues, del año de finalización de los estudios, pero su transición es “tardía” en relación con los que ya se incorporaron prematuramente al trabajo, y, en este sentido, sus situaciones pueden considerarse, como en el caso anterior, provisionales. Quienes desarrollaron esta trayectoria escolar son candidatos a insertarse en los empleos de alta cualificación aunque esto sólo se cumple en dos casos.

En ambos casos la primera experiencia laboral es eventual y con trabajos que requieren inferior cualificación a la obtenida. Pero para el resto de los entrevistados la estrategia de dedicarse a los estudios de manera exclusiva ha dado un resultado menos favorable, pues se trata de jóvenes que o bien están desempleados, o bien realizan tra-

bajos sin contrato o con contratos temporales, y en muchos casos con ingresos bajos.

LAS DISYUNTIVAS CENTRALES EN EL PASO POR EL SISTEMA EDUCATIVO

En el análisis de la experiencia escolar de los jóvenes de nuestro estudio nos centramos principalmente en las encrucijadas ante las cuales los entrevistados se vieron obligados a tomar decisiones. El primer nudo de dilemas que nos interesa es el que gira en torno a abandonar los estudios o terminarlos. Esta disyuntiva es central para los jóvenes que experimentan fracasos parciales a lo largo del todo el itinerario escolar, pero en nuestra muestra tiene su punto álgido en las enseñanzas medias, que es donde se producen la mayoría de los abandonos y retornos al sistema de enseñanza.

Podemos afirmar que, entre nuestros informantes, el abandono es resultado de un proceso de desgaste progresivo en el que los malos resultados se combinan con la necesidad de trabajar, necesidad que no siempre obedece a exigencias familiares o a carencia de recursos; es también porque algunos entrevistados no ven la utilidad de su formación, o, al coquetear con el mundo del trabajo, la van dejando de lado poco a poco.

Los jóvenes de origen obrero que abandonan los estudios experimentan el dilema de estudiar o trabajar de una manera muy rotunda, diríase que excluyente, sin embargo, la precariedad vivida en el trabajo por la mayoría de estos informantes hace que muchos intenten retomarlos para mejorar sus oportunidades laborales, pero el retorno resulta difícil en estos casos. Los ingresos son necesarios para la economía familiar, y por lo tanto, el regreso a los estudios está sobre todo subordinado al trabajo en su

sentido más elemental: como puerta que abre la posibilidad de obtener unos ingresos para subsistir.

A diferencia de los jóvenes de origen obrero, para los que los ingresos son lo más importante, para los jóvenes de clase media que abandonan los estudios, el trabajo tiene un componente de *status* que les mantiene mucho más tiempo conectados con el sistema educativo. Las condiciones familiares, en las que el sueldo de los hijos no es necesario, facilitan los intentos de reconducir las trayectorias.



Tampoco los universitarios tienen garantizado, hoy, un futuro laboral estable (Banco de imágenes del MEC).

Los itinerarios de abandono reflejan, sobre todo, las dificultades que se experimentan para mantener una secuencia biográfica coherente cuando el tránsito hacia la vida activa se prolonga, hasta el punto de no cerrarse. El solapamiento entre los estudios y el trabajo refleja los intentos de reconducir esta situación, pero esta posibilidad está, sobre todo entre los jóvenes de origen social más bajo, seriamente condicionada por las exigencias de la condición presente.

El segundo nivel de disyuntivas que centra nuestro interés tiene que ver con los estudiantes universitarios. Éstos, en la medida en que tienen procedencias sociales desiguales y trayectorias académicas distintas, deben resolver las cuestiones referidas a su competencia académica, su dependencia económica de los progenitores y las estrategias



Existen múltiples imágenes estereotipadas de los jóvenes (Documental 200 km, imagen cedida por Quimelca).

para mejorar sus oportunidades en el mercado de trabajo desde diferentes posiciones, de mayor o menor privilegio.

Las desigualdades de partida se manifiestan entre los universitarios en el acceso a determinados recursos educativos de manera diferencial, pero sobre todo, en cuanto al coste de oportunidad que supone renunciar a los ingresos de los hijos cuando estos se embarcan en una trayectoria tan prolongada: “mientras la enseñanza tenga un coste de oportunidad, estudiarán más las clases económicamente más poderosas” (CARABAÑA, 1993, p. 225). Tener hijos en la universidad implica, para las familias de origen obrero, apostar fuertemente por la educación de los hijos a cambio de la posibilidad de que éstos adquieran las credenciales educativas más privilegiadas y, con ello, se coloquen en las ocupaciones más prestigiosas y mejor remuneradas. El apoyo de los padres a los esfuerzos de estos universitarios de primera generación es una constante en algunos relatos de los jóvenes de origen social más bajo, que revelan la “deuda moral” que existe entre estos entrevistados, deuda que tiene como consecuencia que intenten compensar a sus progenitores obteniendo buenos resultados académicos, o, en su caso, entregando parte de su sueldo si las condiciones de trabajo así lo permiten. Esta

es, sin duda, una de las grandes diferencias en cuanto a la valoración que hacen de sus estudios los entrevistados (en función de su posición social de origen): para los jóvenes de clase media es algo tan natural estar en la Universidad que ni se lo cuestionan siquiera.

El sentimiento de ser una carga para los padres se agudiza en los casos en que la estancia en la Universidad se prolonga más allá de los plazos oficiales. Entonces, trabajar (ya no sólo de manera puntual para los pequeños gastos, sino a tiempo parcial para obtener ingresos regulares, pero de modo que la actividad laboral no entre en conflicto con los estudios), tener una cierta independencia de recursos, es para los informantes de origen social bajo, una manera de afrontar los consumos propios de su estilo de vida sin ser tan gravosos, de amortiguar el sacrificio que supone para sus padres mantenerles como universitarios.

Los universitarios se enfrentan también a la dificultad de rentabilizar la inversión hecha al decidirse por la prolongación en los estudios. Insertos como están en la lógica de estudiar hasta el máximo nivel posible, decidirse por una carrera y mantenerse en ella implica, para estos entrevistados, barajar cuestiones tales como la vocación, el interés que tiene lo que se estudia, las salidas laborales posibles y la forma de sacar ventaja a las credenciales, entre otras. Obviamente, estos dilemas no son exclusivos de los universitarios (están presentes en los discursos de otros jóvenes), pero en ellos es particularmente recurrente la cuestión de la rentabilidad de los estudios y del acierto o no de las decisiones primeras que les llevaron a estudiar esa carrera en concreto. Esto tiene mucho que ver, en nuestra opinión, con la necesidad de identificarse, dado el tiempo y el esfuerzo que supone culminar esta formación, con la tarea cotidiana en

“Insertos como están en la lógica de estudiar hasta el máximo nivel posible, decidirse por una carrera y mantenerse en ella implica, para estos entrevistados, barajar cuestiones tales como la vocación, el interés que tiene lo que se estudia, las salidas laborales posibles y la forma de sacar ventaja a las credenciales, sumándolas a otras”

la que estarán implicados durante muchos años.

Esta cuestión se manifiesta ya en la elección de los estudios. Aunque algunos entrevistados afirman que su elección fue vocacional, entre la mayoría de los jóvenes universitarios la elección de los estudios responde a criterios más bien pragmáticos mezclados con un elemento, más que vocacional, de afinidad. Algunos eligen carreras que consideran que pueden ser cercanas a sus gustos, pero sin saber muy bien dónde se meten; otros tienen claro que desean un título superior, pero no desean poner a prueba sus limitaciones.

En cualquier caso, tener un título universitario es, a la postre, una inversión que ha de ser rentabilizada, y en este contexto de buscar el puesto que a uno le corresponde y que el título, por sí solo, ya no garantiza, es donde se enmarcan los importantísimos *consumos formativos* (CASAL, 1996) de los entrevistados tras finalizar los estudios superiores. La mitad de ellos realiza algún curso de cualificación con inmediata posterioridad a la obtención del título, es decir, posterga entre varios meses y un año más la incorporación al mercado laboral. El objetivo no es otro que adelantarse a los demás, competir con ventaja.

Los jóvenes de nuestro estudio participan, pues, plenamente —y hoy, desde una mayor madurez, con perfecta consciencia de ello— de la lógica social que establece que quien carece de credenciales quedará, probablemente, excluido de las oportunidades de empleo más seguras y mejor remuneradas. De esta lógica parecen también convencidos sus padres que, incluso desde situaciones de estrechez económica, están dispuestos a mantener a sus hijos mientras estudian, incluso a los veintiséis años.

La disyuntiva de estudiar o trabajar aparece asociada a estas cuestiones de una manera compleja. El estancamiento en la situación de estudios, con prolongaciones que son meras repeticiones del mismo curso, conduce con frecuencia, en las etapas primaria y secundaria, a que esta disyuntiva aparezca con fuerza y se traduzca en abandono. Es cierto que en la muestra no aparece siempre asociada a posiciones obreras y a bajos niveles de ingresos, aunque parece claro que sí es lo frecuente en general.

Lo que sí detectamos en nuestra muestra es que la irreversibilidad del abandono es más clara entre los jóvenes de origen social bajo, especialmente si a sus problemas con los estudios y a las dificultades económicas se añaden problemas familiares. Los jóvenes de entornos más privilegiados se mantienen más tiempo en contacto con los estudios, continúan realizando intentos, persisten. Ello tiene que ver no sólo con el riesgo de pérdida de posiciones sociales que supone mantenerse en los trabajos que han conocido y conocen, sino con la posibilidad objetiva que tienen de mantenerse en una situación de semidependencia durante un tiempo prolongado. Entre los universitarios de la muestra el trabajo y los estudios no plantean claramente este conflicto. El trabajo tiene más la connotación de sobrellevar mejor la dependencia de los padres y de ayudar a los padres a sobrellevar la dependencia de los hijos.

LA EXPERIENCIA DE LOS INFORMANTES EN EL MUNDO DEL TRABAJO

En este apartado exponemos los rasgos centrales de la experiencia de los jóvenes de origen obrero en el mundo del trabajo, aquellos para los que la enseñanza tiene un coste de oportunidad más alto y

“Mientras depender de los padres no coloque a la familia en una situación límite, pueden desarrollarse estrategias de posicionamiento social y laboral que prorrojan la espera”

para los que resultan más impredecibles los ingresos procedentes del trabajo.

La brevedad de algunos itinerarios laborales nos impide llegar a conclusiones definitivas, pero podemos resaltar algunas tendencias que parecen claras. La primera es el evidente retraso en la consolidación del trabajo para la gran mayoría de estos jóvenes, dispongan o no de una credencial. Ello supone prolongar, también, la dependencia del hogar familiar, precisamente en hogares donde esta dependencia resulta más gravosa. Como plantea MINGIONE, “en menos de un siglo y a través de una sucesión de cambios radicales, la pauta de reproducción en que el estadio crítico estaba representado por el período de reproducción biológica, cuando el esposo-padre ganaba un salario (insuficiente), ha dado lugar a otra en que el estadio crítico llega mucho más tarde, cuando los hijos adolescentes abandonan la escuela y se encuentran con dificultades para conseguir un trabajo al mismo tiempo que han quedado insertos en formas de consumo conspicuo” (1994, p. 189). Hoy, este período crítico afecta de lleno a los padres de jóvenes que, biológicamente, son adultos.

La gravedad de las consecuencias de esta postergación y las decisiones que se pueden tomar al respecto están en buena medida relacionadas con los niveles de responsabilidad que se tienen respecto a la supervivencia de la familia, y si dicha supervivencia lo es en sentido estricto —se trata de “ir tirando”— o en un sentido más amplio. En los hogares de una parte de los jóvenes de origen social bajo hay desempleo, pobreza y problemas de convivencia, y están embarcados, desde hace tiempo, en estrategias de supervivencia al margen de la economía formal¹¹ gracias a las cuales la familia, simplemente, se mantie-

ne a flote. Estos informantes han heredado ya una posición social vulnerable que tuvo una gran importancia en su itinerario escolar, y su ingreso en el trabajo se produce desde unas condiciones de necesidad. Su periplo laboral presenta una gran constante: la inestabilidad de las situaciones laborales, la variedad y cantidad de empleos, no por incapacidad para conservarlos —pues presentan un importante apego al trabajo—, sino porque las ocupaciones a las que acceden —limpieza de edificios, trabajos en grandes superficies, construcción— están muy afectadas por la eventualidad. Al margen de las diferencias entre ellos, sus experiencias ilustran claramente los efectos de la precarización de las condiciones de acceso y conservación de los empleos de baja cualificación, pues, tras diez años de vida laboral, estos jóvenes están casi en el mismo punto en el que estaban: buscando un trabajo estable.



La incertidumbre en el trabajo pesa sobre todo entre los jóvenes de origen obrero (Documental 200 km, imagen cedida por Quimelca).

Tienen, eso sí, experiencia, pues a pesar de la variedad de trabajos desempeñados han acumulado conocimientos y habilidades útiles para determinados puestos, pero ello no les da derecho preferente a la hora de conservar su empleo. Esto depende de otros factores fuera de su control, y están, en ese sentido, a merced de sus empleadores, con escaso margen para aceptar o rechazar lo que se les ofrece.

Embarcados en situaciones de supervivencia familiar y personal, la situación crónica de la precariedad en el empleo supone para estos jóvenes un enorme desgaste. Desde sus respectivas situaciones de necesidad, sólo pueden esperar. Reconducir sus trayectorias resulta muy complejo: las condiciones de los empleos a los que pueden aspirar son malas, y el regreso a los estudios, difícil. Siempre ocuparán, si están en condiciones de retomarlos, un papel secundario.

Mientras depender de los padres no coloque a la familia en una situación límite, pueden desarrollarse estrategias de posicionamiento social y laboral que prorrogan la espera. La posibilidad de ascenso social en el caso de los entrevistados de origen obrero con estudios universitarios depende no sólo de la titulación obtenida, sino de la capacidad de las familias para sostener su dependencia mientras encuentran el trabajo deseado.

Conseguir un puesto de trabajo de mediana o alta cualificación requiere a veces fuertes inversiones educativas más allá del título obtenido y, en cualquier caso, estar dispuesto a salir y entrar del mercado de trabajo varias veces, o a desarrollar estrategias de supervivencia —como dar clases particulares— que no reflejan otra cosa que las paradojas de una posición social ambigua. La tentación de “aceptar lo que sea” es fuerte, pues así lo son las exigencias sociales, pero renunciar a los proyectos alimentados durante largos años de estudio no es precisamente sencillo.

CONCLUSIONES

Como conclusiones de nuestro estudio queremos destacar dos cuestiones. La primera hace referencia a la generalizada prolongación tanto de la etapa escolar como laboral de los entrevistados.

En el primer caso, el origen está en la necesidad de disponer de las mejores condiciones para enfrentarse a las incertidumbres del mercado de trabajo; en el segundo, la causa es la experiencia real de esas incertidumbres, que provoca que la mayoría de los entrevistados esté, aún, en plena transición a la vida activa.

La segunda cuestión que queremos resaltar se refiere a la importancia del origen social a la hora de determinar tanto el itinerario escolar como el laboral. Los jóvenes de origen social más bajo, cuyas familias no disponen de recursos suficientes para asumir los gastos de una escolarización prolongada —sobre todo si esta presenta claras señales de fracaso— desarrollan en su mayoría itinerarios laborales en los que la inestabilidad se convierte en norma y condición.

La dependencia familiar de estos ingresos multiplica esta vulnerabilidad y genera un bloqueo que resulta difícilmente reversible y del que participa no sólo el sujeto, sino el hogar en su conjunto. Ello, sin embargo, no es atribuible tanto a su nivel de estudios como a la gran precariedad de los empleos disponibles para este sector de jóvenes, los más afectados por el deterioro generalizado de la norma laboral en los países occidentales.

Frente al discurso que les hace responsables de sus dificultades y las sitúa en el terreno de los “déficit” —de cualificaciones, de habilidades, de un entorno favorable— sus historias escolares y laborales nos hablan de esfuerzos y renunciaciones, de mucho trabajo y escasas recompensas.

“Frente al discurso que hace a los jóvenes responsables de sus dificultades y las sitúa en el terreno de los “déficit” —de cualificaciones, de habilidades, de un entorno favorable— sus historias escolares y laborales nos hablan de esfuerzos y renunciaciones, de mucho trabajo y escasas recompensas”

BIOGRAFÍA

MARIA EUGENIA CARDENAL DE LA NUEZ

Nacida en Las Palmas de Gran Canaria, finaliza el bachillerato y la selectividad (Abitur) en el Colegio Alemán de Las Palmas. Se licencia en Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Comienza estudios de doctorado en la Universidad de La Laguna en 1995. Actualmente es doctora en Sociología por la Universidad de La Laguna. Su tesis, leída en 2003, se titula *Biografía y cambio social. Estudios, trabajo y emancipación a los veintiséis. Itinerarios hacia la vida adulta en Las Palmas de Gran Canaria*. Algunos de sus principales resultados se exponen en este artículo.

Es profesora del departamento de Psicología y Sociología de la ULPGC desde 1995, donde imparte las asignaturas de Sociología, Estructura Social y Técnicas de Investigación Cualitativa.

Dirección

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.
Campus Universitario de Tafira
35017 Las Palmas de Gran Canaria
Tlf: 928457059
Fax: 928458244
Email: ecardenal@dps.ulpgc.es

BIBLIOGRAFÍA

ADÁN REVILLA, T. (1996): *Ultras y skinheads: la juventud visible. Imágenes, estilos y conflictos de las subculturas juveniles en España*. Oviedo, Nobel.

BECK, U. (2001): "Para acabar con el imperialismo de los valores

del trabajo", en *Archipiélago*, nº 48, pp. 25- 28.

CARABAÑA, J. (1993): "Sistema de enseñanza y clases sociales", en GARCÍA DE LEÓN *et al.*, *Sociología de la Educación*. Barcelona, Barcanova.

CARABAÑA, J. (1996): "¿Se devaluaron los títulos?", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 75, julio- septiembre, pp. 173- 213.

CASAL, J.; MASJUAN, J. M. y PLANAS, J. (1991): *La inserción social y profesional de los jóvenes*. Madrid, CIDE.

COLEMAN, J. y HUSÉN, T. (1989): *Inserción de los jóvenes en una sociedad en cambio*. Madrid, Narcea.

DE ZÁRRAGA, J. L. (1985): *Informe Juventud en España. La inserción de los jóvenes en la sociedad*. Madrid, Instituto de la Juventud.

FURLONG, A.; STADLER, B. y AZZOPARDI, A. (2000): *Vulnerable Youth. European Youth Trends 2000*. Strasbourg, Council of Europe.

GARRIDO, L. (1996a): "El empleo de los jóvenes", en GARRIDO, L. y REQUENA, M.: *La emancipación de los jóvenes en España*. Madrid, Instituto de la Juventud, PP. 23- 58.

GARRIDO, L. (1996b): "Paro juvenil o desigualdad", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 75, julio- septiembre, pp. 235- 267.

GORZ, A. (1994): "Salir de la sociedad salarial", en *Debats*, nº 50, diciembre 1994, pp. 75- 83.

INEM (1999): *Las entradas en el mercado de trabajo*. Documento pdf. En www.inem.es

INSTITUTO CANARIO DE ESTADÍSTICA (1998): *Encuesta de Población y Vivienda 1996*. Las Palmas de Gran Canaria, ISTAC.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (2001): *Encuesta de Población Activa*.

MARTÍN SERRANO, M. y VELARDE HERMIDA, O. (1996): *Informe Juventud en España 1996*. Madrid, Injuve.

MINGIONE, E. (1994): *Las sociedades fragmentadas. Una sociología económica más allá del paradigma del mercado*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES: *Ley 42/1994 de Medidas Fiscales, Administrativas y del Orden Social*.

OCDE (1998): *Perspectivas de empleo 1998*. Madrid, MTAS.

OFFE, C. (1994): "¿Pleno empleo?", en *Debats*, nº 50, diciembre 1994, pp. 69- 73.

¹ Aunque este desplazamiento es relativo, puesto que el desempleo afecta también de manera importante a los titulados en todos los niveles (CARABAÑA, 1996, p. 176).

² Hasta las reformas de 1997 en adelante, que vuelven a centrar su atención en la contratación indefinida, las medidas de fomento del empleo se van a centrar en superar las "rigideces" del mercado laboral español fomentando el empleo temporal incluso para puestos de trabajo de carácter permanente. Sirva como ejemplo la Ley 42/1994 de *Medidas Fiscales, Administrativas y del Orden Social*, que establece, para el Programa de Fomento del Empleo de 1995, que "las empresas podrán contratar temporalmen-

te para la realización de sus actividades, cualesquiera que fuese la naturaleza de las mismas [el subrayado es nuestro] a trabajadores desempleados" que llevasen un año inscritos en la Oficina de Empleo y recibiendo prestaciones, o bien que fuesen minusválidos o bien que fueran mayores de 45 años (Art. 44.1.). Actualmente esta normativa continúa en vigor exclusivamente para minusválidos.

³ Si la población contratada temporalmente representa hoy el 31,4 % del total de asalariados, la proporción de población de 19 a 29 años contratada por tiempo definido es del 54,8 % para dicho intervalo de edad, y del 52,2% respecto al total de asalariados temporales. La tasa de temporalidad más alta corresponde a los jóvenes de 16 a 19 años, con un 83% de trabajadores contratados por tiempo definido (INE, *último trimestre de la EPA*, 2001).

⁴ Aunque hay que destacar que parte de los desempleados son, probablemente, trabajadores sin contrato: el *Informe Juventud en España* refleja que, entre los jóvenes que trabajan o trabajaron, el 80% entre los 15 y los 17 años, el 55% entre los 18 y los 20, el 33% entre los 21 y los 24 y el 25% entre los 25 y los 29 años realizó actividades laborales sin contrato (MARTÍN SERRANO y VELARDE, 1996). Un aspecto más de la precariedad de las condiciones de trabajo de estos aspirantes a adultos en el que profundizaremos al presentar los resultados de las entrevistas.

⁵ Estas son también las características de las condiciones de acceso al mercado laboral en el resto de los países europeos (FURLONG *et al.*, 2000, pp. 33- 41). Hay que destacar, sin embargo, que en España se presentan, entre los países de la OCDE, las tasas más altas de desempleo y de asalariados temporales durante el primer año tras finalizar los estudios (1998, p. 236; 242).

⁶ Los posicionamientos críticos respecto a la “normatividad” del empleo asalariado son escasos y están principalmente ligados al mundo académico o intelectual (OFFE, 1994; GORZ, 1994). Aunque BECK haga públicas iniciativas como el “Movimiento de los Parados Felices” en Alemania (2001), el debate institucional sigue centrado en cómo encajar a los jóvenes en el mundo del trabajo asalariado, o, en su defecto, en el autoempleo: el Plan de Acción Para el Empleo presentado por el Gobierno ante la Unión Europea en 1998 incluía, entre sus líneas de acción principales, “dotar a los jóvenes de mayor capacidad de adaptación creando o desarrollando sistemas de aprendizaje”, desarrollar “tipos de contratos más adaptables”, crear un “régimen fiscal más adaptable al empleo” o “fomentar el trabajo por cuenta propia y la creación de PYMES que favorezcan la empleabilidad” (INEM, 1999, pp. 30- 31).

⁷ CASAL *et al.* (1991) detectan que un 30% de los jóvenes entrevistados continuaba en EGB a los 15 años y un 40% seguía en el Instituto entre los 18 y 19 (pp. 66-68).

⁸ BOUDON presenta esta cuestión como un cálculo anticipado de costos y beneficios de los estudios en cada familia y plantea que “el costo y el beneficio anticipados difieren según la posición social, de manera que la utilidad de una alternativa varía según la posición social y según el riesgo incurrido por el hecho de que el éxito escolar del hijo es más o menos grande” (BOUDON, 1983, 102).

⁹ Esta característica es destacada también en las investigaciones del GRET. En 1991, CASAL *et al.* señalaban, por ejemplo, que el porcentaje de jóvenes barceloneses oficialmente desempleados sin actividad remunerada alguna no superaba el 10%: el resto realizaba trabajos muy precarios (1991, pp. 210-211). GARRIDO, por su parte, plantea que muchos de los jóvenes desempleados oficiales estudian y que, en ese sentido, no pueden ser considerados desempleados, ya que son productivos y están socialmente ocupados (1996b, p. 244).

¹⁰ Esta dificultad la hemos solventado ubicando a los entrevistados en la situación por la que se definían a sí mismos; la percepción de la realidad vivida nos sirve, así, para discernir y comprender las estrategias desplegadas en cada caso para orientar las trayectorias.

¹¹ MINGIONE destaca, entre otras estrategias de este tipo, el autoabastecimiento (reparar o fabricar los útiles y bienes que se necesitan), la solidaridad familiar o vecinal (cuidar de los niños, o ancianos, pedir o conceder préstamos o donativos) y el trabajo informal, del que se puede depender del todo o parcialmente (1994, pp. 189- 197).

Patrocinador de esta investigación:

**EXCMO. AYUNTAMIENTO DE LAS PALMAS
DE GRAN CANARIA**